

## PROLOGO

Para comentar las obras del destino y los orígenes de las cosas, la primera literatura griega señalaba los trabajos del agua, del aire, de la tierra y del fuego. Sucesivas combinaciones que exponían cambiantes formas e itinerarios de guerreros y pastores. Después vino ese "ironista magnífico" a decirnos que no le interesaban los árboles en el campo sino la gente de la ciudad. Sin embargo, es conocida su estupenda relación con la propia naturaleza y que en las últimas horas de vida se puso a estudiar flauta. La traviesa parábola nos anuncia —al fin— que mientras no escuchemos la naturaleza interior, nuestra condición humana irá ahíta de asignaturas pendientes.

Cultivar la poesía en estos tiempos de nicho tecnológico continúa siendo la privilegiada manera de persistir en la indagación inconclusa. Juan Calderón ha enfrentado el reto. Desde variables formas va entramando esa apuesta por la palabra que reflejará nuevas combinatorias con la naturaleza —las suyas—, a quienes no es ajena la música.

Asimismo, ante estas consideraciones que pueden sonar demasiado abarcativas, o dictadas por la amistad, hay en Juan Calderón un perfil que borra las generalizaciones. Es su entrega cotidiana a la literatura, que empezó feliz en la adolescencia hasta llegar a decir —ahora— "y cuando ya no soy agua me instalo/ en el recuerdo para siempre". Esa constancia es, seguramente, su mejor mérito, que no sólo expone en este libro, sino que promete en

los que vendrán... Tal vez más cerca del griego anterior que del raro personaje que dibujan los futurólogos en un planeta superpoblado, tecnocrático y agonizante. Ojalá los poetas —como lo hiciera Dante— pudieran avistar la cruz del sur antes de la llegada de las carabelas.

Rafael Flores.